



Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo

REVISTA CUATRIMESTRAL DE INVESTIGACIÓN EN CIENCIAS SOCIALES Y HUMANIDADES

CINTEOTL

ISSN 1870-7289



CINTEOTL

Revista de Investigación en Ciencias Sociales y Humanidades
Septiembre-Diciembre de 2010. No. 12
ISSN-1870-7289

Derechos Reservados UAEH/ICSHU

Sobre la guerra. Una perspectiva crítica socioambiental

José David Lara González¹

RESUMEN

Describimos algunas características de las guerras, viejas y nuevas. Anotamos algunos hechos históricos que intentan dar cuenta de lo nefasto de la guerra y de la necesidad de no permitirle más. Presentamos a la economía de la guerra como nueva formulación de la economía global e indicamos la importancia que la ciencia y la tecnología tienen en los distintos modos de guerra. Proponemos a la paz como esencial para realizar esfuerzos que detengan el belicismo imperante.

Palabras clave: violencias, guerra santa, guerra industrializada, guerra espectáculo, modernidad, globalización.

¹ Departamento Universitario para el Desarrollo Sustentable. Instituto de Ciencias de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, México.

ABSTRACT

We describe some features of wars, the old and new ones. We note some historical events that attempt to account for the disastrous war and the need not to allow more. We present the economy of the war as a new formulation of the global economy and we indicate the importance of science and technology have in the different modes of warfare. We postulate the peace as essential to efforts to stop the prevailing warmongering.

Key words: violences, holy war, industrialized war, war spectacle, modernity, globalization.

La Guerra y las guerras

Se puede hablar de la guerra en general o de las guerras, ya que hay muchas particulares que poseen marcadas singularidades (como la temible “guerra de las galaxias” del expresidente Reagan con sus “mesiánicos” planteamientos sobrevivencialistas para los estadounidenses o, como la “guerra del futbol” entre Honduras y El Salvador en los años setentas del siglo XX).

Por guerra (del germánico *werra*: pelea, discordia) podemos entender: la confrontación de las diferencias y de los problemas por medios más bien irracionales-inmorales (y hasta inhumanos), caracterizados por elementos y factores violentos. Oposición por la fuerza de una cosa contra otra y de uno contra otro y/o de unos contra otros, con o sin causa aparente, también con o sin razón. Animadversión sobreestimada que conlleva fanatismo, fatalidad y mortalidad que no busca soluciones sino imposiciones explotando las diferencias al máximo. Bloqueo absolutista y maniqueo del diálogo y de las posiciones y posibilidades de entendimiento. Vehemencia aguda para desentender y desatender a los demás. Sobresimplificación artificial y drástica de los asuntos y problemas. Imposición enérgica y radical de decisiones sobre otros que no las quieren ni las han pedido ni toleran. La guerra es una exacerbación agresiva de las asimetrías humanas repuntadas.

A la guerra se le considera hasta un arte, de ahí El Arte de la Guerra, un texto antiguo clásico sobre la forma de practicar la guerra (Tzu, 1999), pero también es una ciencia y una de alto corte empirista que practica sobre la realidad y, llega a generar varias realidades yendo incluso más lejos que lo meramente convencional creando-recreando espacios de hiper-realidad. Asimismo, la guerra es un espectáculo y uno que atrae a las multitudes y logra enormes ganancias para la televisión (Baudrillard, 1991, referido más que nada a la “Guerra del Golfo”) y otros medios masivos de información-comunicación, que a la vez así nos “enseñan”, nos “ilustran cómo es la guerra” y quizás hasta cómo debe ser una guerra. Se ha generado la “guerra espectáculo” (Castells y Serra, 2003) que más bien es el espectáculo de la guerra, algo que consideramos sumamente pernicioso y lamentable, equivalente a tomar al dolor humano y la destrucción socioambiental a manera de un video juego de entretenimiento, diversión y destreza.

La guerra reduce, simplifica todo, hace sencillo lo complejo y complicado. El “maestro genial” de la guerra, Hitler decía: He reducido las cosas complicadas a sencillas para que todos puedan entenderlas.

La guerra disminuye, comprime las percepciones, todo se vuelve o blanco o negro. La blancura es nuestra la negrura, la oscuridad está en el bando opuesto, nosotros, “los buenos” estamos en abierta lucha contra el mal, ellos, los otros son “los malos”, por definición hasta “natural”. Nosotros somos hijos de Dios, somos los elegidos, su pueblo, los otros son los enemigos de Dios y deben ser aleccionados, torturados para que aprendan; merecen ser reeducados, asesinados, esclavizados, suprimidos, borrados de la historia y del planeta. La guerra es un caso espectacular del maniqueísmo exacerbado y prejuiciado, donde se recurre ampliamente a Dios para reforzar las posiciones propias y para legitimarlas en la búsqueda de su justificación, ahí está “Mi Lucha” de Hitler, como ejemplo imponente de esto donde se toma a Dios por el principal aliado de la causa nazi.

La guerra es probablemente la actividad más repugnante a la que pueden dedicarse los seres humanos (Pizarro, 2005).

La guerra cobra epítetos superlativos y acude a lo sacro para enardecer a las mesnadas y arrojarlas más fácilmente contra el enemigo que sea, o el del momento o el creado en el mismo instante, hasta de modo espontáneo y artificial. Se recurre a los dioses cuando se considera conveniente: la divinidad es otro recurso para guerrear.

Los guerreros van a la guerra bendecidos. Son las almas que el líder belicista está dispuesto a ofrecer a los dioses para conseguir la victoria final y absoluta, son un sacrificio “necesario” por el bien de la patria y sus emblemas (las personas civiles y las demás especies y elementos ecosistémicos “sacrificados” en el proceso de conflagración, generalmente no son tomados en la cuenta ya que en la guerra un soldado vale dos o más veces lo que un “simple” civil y, muchas veces más que el resto de un ecosistema: las cuentas se simplifican, las cosas también).

Los ejércitos marchan a las batallas con mayor o menor tecnología pero con el espíritu enaltecido ya que fueron “bendecidos” por los poderes correspondientes, entre los cuales los seculares forman una buena parte, pero también entran en juego los poderes religiosos y las distintas religiones con sus representantes y representaciones llegan a participar y tomar parte en todo ello.

Se “bendicen” las armas tanto como a los soldados (“carne de cañón”). Así las armas son benditas y son las armas que usará Dios para vencer “al mal” situado en los otros, los enemigos “del bien”. Los soldados dejan de ser “asalariados para la defensa” (recordar el origen de la palabra soldado: el que hace algo por un sueldo o recompensa, un pago a cambio y, de la palabra salario: la forma de obtener la sal, tan apreciada en otras épocas de la historia, por extensión, la paga o remuneración regular) y se vuelven las glorias del Imperio que se quiere imponer y/o mantener y, ya no están ahí por un salario sino porque es la tarea histórica que tienen que verificar, su “deber patrio” y, de ahí podrán saltar al “Valhala” (o “Walhala”) paraíso de los guerreros más bravos (e insensatos, temerarios) de la antigüedad ahora renovado y exultantemente atractivo en la posmodernidad o modernidad tardía en que nos encontramos.

Los guerreros mortales alcanzarán la inmortalidad (otro hito de la humanidad para asimilarse a lo eterno y a Dios) en la guerra y, su “sacrificio” ya no lo es sino que,

es el modo de ascender a lo celestial y de penetrar en la Historia (recordar la visión de los kamikaze -viento divino- japoneses). Cada grupo rival es “bendecido” por sus propios medios y las religiones prestan un “servicio invaluable” a su país y a la causa peleada puesto que ahora son manejadas como verdaderas “ideologías de la verdad”, pero ahora se está en mejores condiciones de guerrear pues se cuenta con el apoyo de Dios para hacerlo, ya que Dios “tiene” que estar de nuestra parte. Así, la humanidad en su corta memoria parece que alegó ignorancia del exterminio en las “fábricas de la muerte” de los campos de concentración nazis de la Segunda Guerra Mundial donde la inmundicia, la impunidad, lo más execrable de lo humano, la impiedad, la altísima crueldad estuvo por finiquitar a la especie humana como la conocemos y reconocemos y, se industrializó todo aquello hasta el colmo de la industrialización-eficiencia que ya manejaba el ahora tan trillado “reciclaje” mediante, por ejemplo, “reciclar” la misma grasa de las víctimas para aumentar la viveza del fuego con el que eran desaparecidos en los hornos crematorios de un régimen criminal del “Imperio del Terror”, en el periodo más inhumano que se ha dado, donde la vida era no otra cosa que el espacio que se ofertaba a la muerte en mil formas distintas y con mil formas de sufrir, donde la muerte parecía mejor que estar vivo y era la salida única para terminar la ignominia: “EL TRABAJO OS HARÁ LIBRES”, Auschwitz. Pero, ¿El Holocausto no significó nada? como para tantas personas que incluso afirman que tal cosa jamás existió y todo aquello fue un invento (además de ser un fastidio y una cosa tan aburrida), una especie de complot bien performado. Además, si de verdad existió, ya pasó ¿y? ...abogan algunos.

Auschwitz es un memorial de los terribles alcances a que puede llegar el hombre cuando pierde su humanidad y se bestializa, pero tenemos que dar voz a los propios sobrevivientes de El Holocausto que afirman que en otros campos de exterminio se llegó aún más lejos en la brutalidad y criminalidad que en Auschwitz, como en el caso del campo de exterminio de Bergen-Belsen (Burleigh, 2000).

No viviremos con el pasado y es mejor olvidarlo todo. El pasado pesa y es para tontos y desahuciados, es para tercos y ociosos, para débiles y el guerrero por definición es fuerte y olvida instantáneamente para eso se le adiestra “científica y

filosóficamente”. Recordemos al arzobispo de Friburgo en tal conflagración: “...entre nosotros la Organización SS pasa por ser la más decente del partido (nacionalsocialista, el tristemente célebre partido nazi). Pero, igualmente pueden encontrarse las participaciones de palabra y hecho (hasta violento y mortal) de miembros de distintas iglesias en los conflictos bélicos, a veces a favor de las víctimas y otras al lado de la antidemocracia e inhumanidad.” (como podemos ver en Cornwell, 2003 y otras obras). Como no viviremos más en el pasado, entonces creamos nuevas formas de hacer la guerra de tal modo que ahora, una de las principales características de la guerra es su asimetría (Munkler, 2005), es decir, la inequidad entre los frentes encontrados; mismos frentes que tienden a disolverse para configurar extrañas guerras virtualizadas (además de televisadas), (Baudrillard, 1991).

La guerra se vuelve “santa”, de una guerra entre y contra seres humanos se pasa a los designios superiores y ulteriores. Se divinizan-sacralizan las tareas de la guerra incluso para asimilarlas con más sencillez y lograr que los “dudosos” y opositores (“que nunca faltan”) se incorporen a la hostilidad abierta y más convencidamente, ya que es la “Obra de Dios” asignada por Dios para “salvar” a la humanidad y su mundo de las monstruosidades del “otro bando”. Ahí está el expresidente estadounidense Bush recurriendo discursivamente a la “justicia divina” o por divinidad para hacer sus guerras, hasta ahora inconclusas y en acción letal.

Así de una liza mundana se pasa a una “Guerra Santa” (que es mejor captada como “Santa Guerra”) ya que fuimos elegidos, seleccionados para realizar telúricamente las hazañas y batallas divinas. De este modo “duele menos” la matanza, la destrucción y la violencia agigantadas e incluso se llegan a practicar con alta resolución, eficacia-eficiencia “científica” y madurez intelectual de los “próceres” ideológicos de cada bando y, con “alegría” como en una atractiva aventura. Recordemos la “alegre guerra” cuando los nazis invadieron Polonia y también cuando los sureños ansiosos y con gran “alegría” entraron al conflicto bélico contra el norte en la “Guerra de Secesión” norteamericana; igualmente podemos recordar la “alegría terrenal” de los mismos norteamericanos cuando finalmente el expresidente McKinley le declaró la guerra a España, acelerando la

independencia cubana, donde varias personas se suicidaron al ser rechazadas de su deseo de ser parte de las tropas norteamericanas enviadas a la isla. Empero, sería bueno recordar aquí a Erasmo: la guerra es dulce para los inexpertos. Alegría acompañada de esperanza pues el mañana será mejor una vez vencido el insoportable rival y una vez lograda la “Faena de Dios” que reviste también un premio por haberla ejecutado, materializado: la felicidad humana está asegurada y para un largo tiempo, una felicidad montada en la celebración-festejo de haber luchado y conseguido la Justicia Divina, parte del sustento teórico-filosófico de la guerra (Vidal, 2006).

La felicidad humana ha sido cobrada, así, con la sangre de los derrotados, su supresión y con los tremendos costos ecosistémicos consecuentes, pero será ya una realidad: la guerra también es hiperrealidad. La guerra hace posible lo imposible. “El hombre es más hombre en la guerra”. “La guerra hace al hombre” (menos a la mujer ya que son seres de “segunda clase” una “subespecie” de la “especial especie humana de los hombres”; otro engorro histórico que no visitaremos aquí, pero otra guerra más, la “guerra de los sexos” o “guerra de los géneros”, misma que se explota también dentro de la guerra cual sea su tipo, ya que a la mujer se le ha destinado en las guerras un papel de “botín de combate”, medio de venganza y para humillar la “hombría” de los hombres enemigos violando cruel y repetidamente a toda mujer que se pueda incluyendo niñas, ancianas y bebés, llegando a darles muerte de este terrible modo y, haciendo de los penes un arma más de las violencias desatadas, arma tanto física como ideológica).

En el variopinto y abigarrado (absurdo) universo de la guerra los líderes o el líder único pretenden que una de las emanaciones de la divinidad es la propia guerra, es parte de la santidad y sacralidad de lo existente y de lo visible tanto como de lo invisible, de lo objetivo y lo subjetivo.

Desprenden y comprenden a la guerra como un eón (gnosticismo), pensándola como proveniente de lo divino trazan “matemáticamente” el plan y programa para la misma derivándole numerosos proyectos, significantes y significados. Establecen ecuaciones “matemáticas” precisas, exactas y preciosas, todas ellas

resolubles, acudiendo también a las “ciencias ocultas” y correlatos similares para resolverlas. En una “matemática” más absoluta y apodíctica que la común, donde una de sus ecuaciones rectoras es: eón = mediador entre el cielo y la tierra. Donde “matemáticamente” no hay variables sino solamente constantes, entonces la ecuación que es una igualdad, se hace una identidad absolutamente valiosa y trascendente. Aquí el eón ya en términos físicos implica directamente un muy amplio periodo de duración, que tiende al infinito y en más de un sentido (recordemos el “Imperio de los mil años” de Hitler). Recordemos asimismo, que la guerra para nada busca la igualdad sino la diferencia. Entonces, la ecuación-identidad anterior en realidad es el eufemismo de una desigualdad y una hasta de índole “matemática” (recordándonos también que matemáticas o matemática es el saber o la ciencia o el conocimiento, “La Ciencia”).

La guerra genera una identidad y ésta es una de las búsquedas históricas del ser humano. Da pertenencia. La gente se siente inmersa en un grupo y se alinea y prepara para participar denodadamente pues, comienza a creer-crear solidaridades grupales que llegan al pensamiento mítico. La guerra, la lucha mientras más cruenta y álgida sea, torna a los participante en más resueltos y orgullosos de su colaboración. Les da razones y motivos para vivir. Les hace copartícipes de la historia y les hace testigos participantes de la misma. Les hace sentir como actores de la historia y les da trascendencia a sus existencias. Pueden verse o compararse como líderes sociales, como líderes humanos incuestionables y mientras más lejos lleguen en sus actuaciones y violencias más se aproximarán al altar de los “héroes”, cuestión que fuera de la guerra es mucho más difícil de alcanzar para la persona común, lo que suelen ser.

La guerra les da la oportunidad de romper sus propias barreras y hacer lo impensado, lo impensable. Pueden mostrar y demostrar su arrojo, su vehemencia y si castigan a muchos enemigos pueden ser hasta reconocidos y galardonados y, pueden obtener otros “premios” que pueden ser más perdurables. La persona regular a través de la guerra puede alcanzar las dimensiones míticas. Ahí está la enorme lista de personas que por sus actos en las guerras son reconocidos como “héroes” aún sabiendo que destruyeron, que mataron como asesinos, que fueron

cruelles y despiadados que liquidaron a sangre fría y hasta cobardemente (cuando menos) en algún momento; se les presenta como ejemplos a seguir por los demás y se les erigen monumentos y se les da su nombre a escuelas, calles, edificios y demás, y esto, en todos los países. Un caso importante es el de G. Washington (un militar, después político) que en su momento fue calificado y tratado por los ingleses como traidor pero que más tarde fue importantísima persona en la historia estadounidense y, hoy es difícil hallar un personaje que sea considerado por ellos como máximo héroe nacional que no sea él. (¿Cuántos de nuestros héroes nacionales mexicanos son de este cuño?).

La guerra va más allá, es el quiebre o rebase de las cotidianeidades, de nuestras limitaciones sociales e individuales, de las fronteras físicas y mentales, de los límites entre individuos, sociedades y Estados-nación. La guerra transforma (y trastorna) a las personas comunes y posiblemente a todas. La guerra es una forma ideológica del pensar y actuar. Es una suerte de religión (tóxica, venenosa, malsana, letal) pero presenta más bien las características de una secta y de una secta fraguada por los poderes fácticos, que promueven las consideraciones y potencialidades religiosas pervirtiéndolas, para garantizarse la hegemonía de sus postulados dictatoriales, monopólicos. Aquí la propaganda juega un rol superior. La propaganda para la guerra es medular para la propia sobrevivencia de la guerra, es un medio pero también es un fin para los “señores de la guerra”, sin propaganda suficiente y eficaz la guerra puede ser muy distinta y hasta terminar. Las formas y modelos propagandísticos de la guerra se han perfeccionado por siglos (Pizarro, 2005) y es parte de la megalomanía actual belicosa.

La guerra es un negocio de la megalomanía para hacer de cada uno de los participantes, precisamente, un megalómano ansioso y pretensioso, pagado de sus dotes y más si fueron adquiridas por la fuerza violenta y virulenta (véase a Hitler y su partido nazi, véase a Mussolini su fascismo y sus fascistas, véase a Stalin y su estalinismo mortal, véase a Franco y sus pandillas asesinas; recuérdese Guernica). Baudelaire dijo algo como: el militar es una bella delicada flor que hay que procurar por todos los medios que no se reproduzca. Por algo será que lo dijo sin importar que sea considerado uno de los “poetas malditos”.

La guerra es un panóptico, una visión “concluyente”, totalizadora que con sus sobresimplificaciones más que pragmático-utilitaristas genera el milagro del “yo colectivo” tan difícil de lograr en la paz; igualmente la guerra proyecta a la gente y la gente se proyecta en la guerra. La guerra es un yo colectivo a prueba de agua y fuego, a prueba de dolor y de sacrificio. Ensalza el espíritu humano colectivo de las masas para hacerlas más masas y por lo tanto más manipulables. El espíritu humano es desviado, sobreexplotado y sobrealimentado hasta más de la saciedad, más allá de todos los límites y más allá de la propia razón: la guerra es una de las peores manifestaciones de la razón trastornada a sinrazón.

La guerra primero causa náusea, escozor, disgusto, después es irrenunciable. Se hace una necesidad y se la mediatiza y aprovecha como otro recurso más. Se la explota sobremanera y se alimenta y lubrica con ella las esencias más bajas de la humanidad, que algunos presentan como instintos y otros como pulsiones. El todo, el país, las naciones/etnias que conforman un territorio son reasumidas y subsumidas por el consciente colectivo reactivado profundamente por el inconsciente colectivo más primigenio, donde el imperio de los instintos es el imperio de la dominación y es lo único que llevará a la victoria final y decisiva (desarrollando incluso la “guerra total”) sobre el odiado y odioso-amenazante enemigo declarado (aunque solo sea declarado por nosotros mismos).

El “yo colectivo” creado artificialmente por los “*think tanks*” (aunque la “labor” de estos es todavía más amplia; Torres, 2006) de cada bando es criado con soltura, fuerza y fijeza, el resultado es “magnífico”, las diferencias internas se cierran, se bloquean, se anulan (aunque sea falsa y temporalmente) para ceder el paso al brete superior maximizado que seguramente implicará una o varias matanzas y/o masacres así como devastación. Se “olvidan” las diferencias y problemas interiores para afrontar y confrontar los exteriores y matar la problemática establecida por el rival externo.

El “yo colectivo” es extraño y forzado, es obligado no ofrecido pero funciona y funciona muy bien. El grupo camina como uno, el grupo contendiente se comprime hasta hacerse uno solo. La multiplicidad se reduce a la unicidad “maravillosa”. Todos piensan, sienten y actúan igual, todos quieren lo mismo, todos tienen la

misma percepción de los hechos y sostienen las mismas demandas e ideales. Los sueños son uno solo. Los deseos son uno solo: se ha creado una sola realidad nueva unidora y edificante. Se hace realidad el “hombre unidimensional” de Marcuse. Así, es muy fácil derivar lo siguiente: guerra = yo colectivo = lo que se le hace a uno se le está haciendo a todos = lo que le pasa a uno de nosotros le está pasando a todos nosotros. O sea, el golpe que el enemigo le asesta a uno de los nuestros será vengado por cada uno de nosotros y a un precio multiplicado, el golpe impactado a uno de nosotros es un golpe impactado sobre todos los demás (ahora se llama a esto “efecto dominó” y proviene “casualmente” del mundo del economicismo).

La venganza es otro de los “exquisitos” nutrientes de la guerra. Aquí la justicia no existe ni es posible. Nadie piensa en ella, se piensa en la “injusticia” que significa linealmente la presencia-existencia del otro, del rival odioso y maldito. “El ojo por ojo y diente por diente” es la única ley que se quiere, acepta e impone y, la injusticia es observada como una debilidad más de los más débiles. La justicia dentro de la guerra es y está dada y definida por la venganza. En la guerra la venganza es la justicia y es lo justo. Por supuesto que la guerra es muy distinta, y debe serlo, de la paz, diferenciación medular para nosotros. Así, estaríamos en mejores condiciones de priorizar las situaciones y problemas para marchar de un modo u otro en la búsqueda de soluciones dentro de la propia paz (Mayor, 1999).

Economía de guerra

El economicismo actual tiene raíces en la economía añeja y probada de la guerra (mal probada y peor aprobada). Del sistema rector mundial impuesto, aparecen los planes, programas, proyectos, acciones de mandato, no de organización, administración, gobierno. También los castigos (llamados “sanciones”) por no obedecer y/o por no cumplir con los designios marcados para las sociedades, comunidades e individuos.

La economía de guerra es sostenida, es permanente y es un holismo mundial de un sistema totalitario y fascista (Torres, 2006). La economía de guerra igualmente hoy, es una consecuencia tanto como una causa de los procesos de globalización

del mundo, pero queremos indicar o dar voz a los señalamientos de varios estudiosos que afirman que más que de una globalización, de lo que realmente se trata en estos momentos es de una triadización (Navarro, 2000), lo que dice, una creciente interpenetración entre EUA, la Unión Europea y Japón en los asuntos locales.

Los centros del poder mundial por medio de sus operarios y operaciones imponen sus reglas y decisiones en todos los países. Los países ricos en su economía juegan un ajedrez mortal (como una “ruleta rusa”) para mantener sus privilegios y sostener sus hegemonías. Lanzan sendos planes de “seguridad nacional” y tremendas políticas proteccionistas que intentan hacer más notoria e inmodificable-inviolable su distancia respecto al resto de mundo. Tales gobiernos son parte de los consorcios transnacionales, pero también se puede aceptar la consideración contraria: tales consorcios forman parte de (o quizás sean) los gobiernos de esos países, ¿acaso sus gobernantes son gentes del pueblo?

Las empresas “globales”, multinacionales, auténticos emporios (y el “verdadero poder detrás del trono”) se reparten el orbe:

De las 100 “economías mundiales más poderosas” un poco más de la mitad la constituyen las empresas transnacionales (término sumamente descriptivo de su naturaleza y origen). Solamente menos del 50% restante son países y dentro de las 10 “primeras” economías sólo unas son países, las demás son empresas (Werner y Weiss, 2006), o sea, que algunos de estos consorcios son más poderosos que la gran mayoría de los países.

Tales multinacionales ya impuestas a la globalización mundial hacen sus programas para “salvarse” a sí mismas aún a costa del exterminio de lo demás: exterminio completo, ecosistémico sistemático y sistematizado, prediseñado y hasta anunciado (también denunciado, lo cual queda muy bien autenticado y testificado por numerosos grupos de las ONG y demás como los “afectados ambientales” y otras expresiones de lo que recientemente se ha dado a conocer como “sociedad civil”). Se ven ya los inicios de lo que será la “guerra por el agua”,

pero igual se ven los comienzos de la “guerra de los energéticos” solamente enunciando una fracción de lo que se ha ido manejando como las “guerras ambientales”; asimismo se ve con toda evidencia la “guerra étnica-racial-clasista” (Munkler, 2005), la guerra de la discriminación entre los sujetos por el tan sólo “quítame ése pelo”. Léase: la guerra en múltiples presentaciones, estados y Estados y la economía dada a las labores de guerra aunque sea en la paz inestable en la que se vive en los periodos entre guerras (si es que hay alguno, donde, cuando menos puede pensarse parcialmente que tales periodos entre guerras son preparatorios de la siguiente guerra: véase a los estadounidenses que prácticamente no pueden vivir sin estar “practicando” alguna guerra, incluso en este momento en el que usted está leyendo esto, lo están haciendo. Sí, el país “policía” de la democracia mundial es el líder actual de las guerras. Siendo el mundo “suyo”, siendo él mismo el “planificador por excelencia” de los destinos humanos, basa su hacer en la manutención del *status quo* donde la energía que sostiene su sistema y modelo es la sostenida por la fabricación de los bienes de consumo, acompañada de los servicios de consumo. En este entorno, la guerra viene siendo a su vez un “bien-servicio de consumo”).

Así, cuando un país pobre en su economía no cubre su cuota de sumisión al régimen mundial impuesto, el clan del poder internacional castiga al país “rebelde” y el gobierno local pena a los que cometieron la “falta” por encargo del amo superior. El sistema no es previsor ni dialógico sino que es uno opresor-represor-sentencioso, lo que hoy se denomina la “sociedad criminógena”. La justicia brilla por su ausencia haciendo de la injusticia una de clase ambiental, es decir, ampliada al máximo. No es corrector menos preventivo sino punitivo, nítidamente. Ahí está Cuba y su revolución, “hospedada” en una macro cárcel que es mucho más grande que el Guantánamo estadounidense. Cuba no es un país para el imperio, es un ejemplo “ejemplar histórico” para que los demás países se abstengan de oponerse al desarrollo capitalista extremo. Es un archipiélago cárcel cuya capital es Guantánamo. Cuba es una correccional para el mundo globalizado y un penal que es mucho más que aislamiento físico, también lo es espiritual, anímico y un aislamiento en el tiempo: Cuba quedó en el mundo de hace décadas.

Si esto no es guerra, si esto no es guerra contra un país, contra una cultura y una sociedad, contra una razón de ser, entonces la guerra no existe ni ha existido jamás y, la humanidad del ser humano tampoco ha existido nunca. ¿Puede alguien demostrar lo contrario? (y más, ¿científicamente?).

El país de la democracia (título auto otorgado, no obtenido) EEUU, se otorgó también el papel de decisor mundial y el de vigilante o policía mundial (ahí está la inoperante ONU que no funciona si EEUU no presta su indulgencia y donde en una insuficiencia que raya en el cinismo, la democracia es cosa impensable e imposible ya que su órgano mayor de decisión-gobierno, más bien decisión-mandato, está formado por los países más poderosos, el resto hace las veces de “convidado de piedra”) y llegó hasta el inmoral e inefable “ensayo” de la “guerra preventiva” (Torres, 2006), expresión que cuesta demasiado entender y que probablemente no tenga comprensión, cuando menos, una expresión que no se deja explicar con sencillez. Matar, destruir, colonizar, enajenar para “evitar” lo mismo no tiene sentido, si es que uno es una persona “normal”, si es que uno tiene un poco de cordura y un poco de humanismo crítico. Se tiene que ser un “iluminado”, un “elegido” para entender que se destruya una (o más) cultura-s para que esos “otros” no hagan lo propio. Lo conseguido con esa guerra preventiva “experimental” hace obvio el hecho de que solamente es una forma “nueva”, “creativa” y “novedosa”, “moderna” de hacer la guerra: guerra reformada (claro que también deformada).

Un caso actual de este nuevo horizonte de la guerra es la invasión de Irak (y la menos “popularizada” de Afganistán), que resulta altamente esclarecedor de lo que se trata con este creativo-novedoso género de guerra, donde se produce expreso un objeto único y material a partir de toda una cultura milenaria y de pueblos milenarios que se hace blanco de los ataques. Si bien ahí se tenía una dictadura inaceptable por donde se le vea, la tal guerra preventiva ha hecho que Irak hoy no sea más que otro patio trasero de EEUU y acaso de sus países “comparsa”. Ahora el “dueño” de la democracia mundial, el “dictador de la democracia” global tiene una colonia más como Puerto Rico, Islas Caimán, Bahamas, Hawái y tantas otras. Pero la diferencia es estratégica y es una

estrategia bélica no política menos democrática. Mientras las mencionadas colonias son paraísos fiscales y paraísos tropicales para vacacionar y para pasar la tercera edad a la manera de grandes asilos y demás (donde se puede practicar el tan manido y moderno “ecoturismo”), Irak es un alfaguara de riqueza petrolera, lo que dice energéticos asegurados para el imperio estadounidense y, solamente tuvieron que “gastar” unos cuantos millones de dólares de los que le sobran a ése gobierno, “sacrificar” unos cuantos soldados (muchos de los cuales son de las “etnias” minoritarias y menospreciadas por su “propio” país, lo cual logra “reducir” el costo del “sacrificio”), destruir poblados y ciudades “viejas” carentes de mayor valor económico, matar oriundos del lugar cuya culpa es no escapar antes de tiempo y carecer de valor material para el poder, degradar algunos ecosistemas que “de todos modos” serían degradados, y nada más, o sea, un costo demasiado barato.

El imperio es economicista y moderno hasta en la manera de hacer la guerra, invadir territorios, cercenar culturas-sociedades que en el ejemplo iraquí, además son “árabes”, lo que dice, “raros, necios, ignorantes”, de poco valor capitalista y capitalizable, “unos bárbaros” que por si fuera poco son “fanáticos” del Islam o esa “cosa anómala” de Alá y otras “visiones” parecidas, como si muchos pobladores de EEUU no tuvieran su propio fanatismo que es múltiple, costosísimo para el ecosistema planeta Tierra y hasta tonto ya que llega a presentarse en formas tan increíbles como indescritibles: de algún modo podría “definirse” a los EEUU como la población más abundante de egoístas, ego maníacos, megalómanos insaciables; pero asumiendo por otro lado que la misma definición de fanatismo puede incluir lo estúpido y, también tomando en cuenta que los estadounidenses están acompañados en esto por europeos y gentes de otros lugares aún dentro del “tercer mundo”. Un efecto del proceso globalizador mundial o de triadización, es la creación de “entes” renovados que no acuden o implican el retorno a los Estados nacionales sino que se perfilan por la generación de Estados transnacionales (Beck, 1998).

Cuando se atenúo más o menos el riesgo de la “Guerra Total”, la Tercera Guerra Mundial que dio paso a ese periodo de la “Guerra Fría” (un eufemismo que nada

frío tuvo), se abre el espacio para que con el avance tecnocientífico y la debilitación tanto de las filosofías y otros saberes así como de la conciencia humana, el sistema “experto” de los “sistemas expertos” ubicó los potenciales del cambio y avizoró lo que “debía” ser el destino del orbe. La Guerra Fría dejó un panorama mundial sumamente favorable para que el neoliberalismo hiciera la guerra en el mundo de otras maneras, acudiendo a un manejo del crimen y de la injusticia más acordes con el “Nuevo Orden Mundial” (Kaldor, 2001).

Se arrojan los planes mundiales de desarrollo que resultaron, por supuesto, ser desarrollistas dado que como señala Duffield (2004) el desarrollo se ha visto y operado dentro de un proceso de autogestión en el ámbito de un mercado liberal y más que nada, siendo entendido como un proceso económico, muy “práctico” para aposentar las metas de la modernidad que permea vastamente los quehaceres y pensamientos humanos. Se lanza, entonces, al mundo el “concepto nuevo” del subdesarrollo, así pasamos la mayoría de los países (México es uno de ellos) a ser ahora designados y reconocidos como “subdesarrollados”, olvidando, obviando pertinente y permanentemente que el verdadero desarrollo (si existe tal cosa en el mundo real o si llega a existir) tiene que ver con mucho más que la materia económica: el desarrollo para ser tal se refiere a todos los rubros y sentidos de lo habido (y también, posiblemente de lo por haber, ya que hay un componente en el presente que tiene que ver con el futuro partiendo de un determinado pasado), entonces, los países que somos “subdesarrollados” según la decisión del sistema, no lo somos en realidad en muchos y diversos sentidos e ítems, en cuantiosas “cosas” somos tan “desarrollados” como el que más y en otras pudiéramos considerarnos más “desarrollados” que los auto enunciados “países desarrollados”; si lo quisiéramos.

Esa concepción y “repartición” del globo en países desarrollados y subdesarrollados también se expresó de otro modo en la “tesis” del mundo (mal) distribuido en “países centrales” y “países periféricos” como si el mundo redondo en el que vivimos, y único habitable hasta el momento en el universo conocido, pudiera asumir la “centralidad” robustecida por la “periferia” que alimenta-nutrepotencia semejante “centralidad”. De hecho e histórica y naturalmente este es un

mundo multipolar, policéntrico le llaman (Torres, 2006), con numerosas sedes más o menos distribuidas en su curvada y dinámica superficie.

Errores conceptuales, errores de fondo y de alto, muy alto costo socioambiental, ecosistémico. No sólo fuimos definidos como países subdesarrollados sino también como países periféricos: así quedó México como “periferia”. Aquí cabe preguntar ¿periféricos de qué, en qué, por qué, para qué...? Y del mismo modo *rap* ¿esto es sustentable y compatible? Por si fuera poco, está la “clasificación del mundo” que nos han “obsequiado” con otras denominaciones: resulta ser que hay un “Primer Mundo” y había un “Segundo Mundo” pero a nosotros nos marginaron hasta el “Tercer Mundo”, según este planteamiento del “darwinismo social” concomitante y recalcitrante somos parte del “Tercer Mundo”, somos tercermundistas según la definición que nos dieron desde hace tiempo. Hoy según han ocurrido las cosas existen el primer y tercer mundo, el segundo desapareció pero la clasificación persiste: hay primer y tercer mundo sin un segundo mundo, algo que alguien tendría que explicar..., somos tercer mundo pero más bien somos una nueva clase de esclavos con un nuevo tipo de esclavitud, real, pese a que mucha gente no se entere de esto, no se dé cuenta y en algunos casos, no quiera asumirlo. Pese a que duela.

Esto abre enorme y honda zanja (o levanta un titánico-tiránico muro solamente semipermeable, como quiera verse) en el presente y devenir del mundo. Se finca esto como vasta y dura cimiente de mayores diferencias norte-sur, ecosistémicas y de cosmovisión. Se refuerzan las condiciones de inestabilidad y enfrentamiento, se multiplican las condiciones para hacer la guerra una y otra vez y entre unos y otros en la “guerra de todos contra todos”, haciendo realidad las apostillas de: “el hombre es el lobo del hombre” y de “la historia de la humanidad es la historia de la infamia”.

Ay de aquel que se atreva a proponer tregua en este mundo descabellado, insensato-inconsciente, permisivo, desorientado, maquinizado, violento-violentado, cruel y absurdo. ¿Quién será capaz de plantear tregua a la guerra que tantos “beneficios” trae a sus precursores?

El negocio de la guerra industrializada

La guerra y más la guerra industrializada es un negocio altamente rentable (para unos cuantos). La guerra industrializada es la manera más optimizada de sacarle beneficios económicos y de otras índoles a la violencia extrema, llegándose hasta la condición en que una guerra puede darse más por hacer el “negocio de la guerra” que por alguna otra razón de mayor peso político-socio-cultural-histórico. La guerra industrializada es un elemento fundamental de las nuevas guerras pactadas dentro de las ideas y conceptos de la modernidad y de la globalización del mundo.

La lógica de la guerra se incorpora a la marcha de la economía (Kaldor, 2001). La guerra es otra forma muy “fina” de hacer negocios, un ejemplo histórico es la Guerra de Vietnam, donde varios empresarios norteamericanos (y otros “socios”) amasaron verdaderas riquezas de magnitudes formidables administrando los pertrechos y demás, no solo para dar inicio a las acciones de sangre sino para alargar lo más posible el conflicto sangriento-sanguinario (Vidal, 2006), enfrentamiento que más que una guerra fue una masacre sobre la población vietnamita (donde murieron millones de oriundos, elementalmente víctimas inocentes, civiles, acompañados de otros tantos que si bien no murieron sí sufrieron todo tipo de padecimientos y ultrajes) y una devastación de los ecosistemas de aquellas áreas.

El negocio bélico viene a ser la mejor manera de obtener las ganancias máximas-óptimas, es una forma de maximización de las economías pero va más allá de lo militar y paramilitar con un comercio gigantesco legal e ilegal, donde se da la “sustentabilidad” puesto que se emplean las armas y demás “productos” (hasta “teóricos”) al máximo, se reciclan muchas veces y casi no hay “desperdicios” ni “desechos”. Además se producen no sólo armas-medios para matar sino también dispositivos, herramientas, métodos y más de altísima tecnología para torturar. Se llega a la sofisticación científicista más aberrante e increíble en el caso de desarrollar (aquí sí el desarrollo es tal, pero no progreso) tales suministros de modo que lleven a las víctimas al paroxismo del dolor pero sin matarlos para que puedan ser sometidos de nueva cuenta al más cruel y

retardado de los procesos, a la manera de los “experimentos científicos” de los nazis y japoneses más enfermos en la Segunda Guerra Mundial, pero también tan “eficientes y eficaces” que no dejen huellas físicas visibles sobre los martirizados, por si en determinado momento tienen que ser sacados a la luz pública.

- Así, la guerra es un negocio “genial” que la paz no puede “realizar”. Sólo que es inhumana e inmoral y muchas veces ilegal (lo que no es poco decir). Es un modo extremista de la acumulación del capital (Torres, 2006). El negocio bélico compite en ganancias económicas con otras formas de la criminalidad: el capital especulativo, el capital virtual o ficticio, el mercado negro, narcotráfico, tráfico de personas, tráfico de especies “exóticas”, pornografía, alcoholismo-tabaquismo, secuestro, terrorismo (de individuos, de grupos o de Estado, donde una gema es el expresidente Bush antes y, más, después del famoso “9-11”, motivo más que razón para que lanzara su guerra de represión vengativa; Castells y Serra, 2003) y demás, pero puede llegar a ser más eficiente que todos ellos y puede ser “el mejor negocio del mundo”. EEUU gasta (“invierte”) cada año en “utilísimos” rubros bélico-militares más y mucho más que el PIB anual de numerosos países sumados todos ellos. Se incluye en sus gastos de “defensa” una masa anómala y supuestamente anónima de torturadores, “expertos” en el “bellísimo y muy humano arte-ciencia” del hacer sufrir hasta la muerte o sin matar pero llevar al clímax del padecimiento a los escarmentados; mantiene “escuelas” para ello. Sostiene en sus nominas laborales (secretas y no) a asesores “de punta”, lo último en ciencias y saberes para hacer sufrir a los “enemigos” del “país de las barras y las estrellas” y del sistema. Los presta, alquila, traspasa a países de todo el mundo en un perfecto “servicio exprés” moderno, de “solidaridad” entre gorilas y gobiernos gorilas (con perdón de los gorilas -Gorilla gorilla- por tal comparación). Se dice que el 50% ó más de los impuestos federales captados por el gobierno estadounidense es directamente gastado en implacables aplicaciones bélico-militares (¿cuántos cuestionan o se oponen a esto?).

- Si esto no es “preparativo” para declararle la guerra a quien sea, entonces, vivimos del otro lado del espejo de Alicia. Si esto no es hacer la guerra y disfrutar del “arte-ciencia de la guerra” entonces somos más ciegos que los del ensayo sobre la ceguera de Saramago con su rara ceguera lechosa.
- Mientras el mundo se prepara para gozar de las delicias del mundial de fútbol de Sudáfrica (2010), la guerra prosigue ya “sin hacer tanto ruido”. El mundo sigue en guerra mientras esperamos degustar exquisitamente como *gourmets*, el banquete de goles que nos destinarán todos los medios masivos de información-comunicación (¿?). Así, mientras saltamos y aullamos de gusto por un gol anotado en el mundial (óptimo negocio tan “bueno” como el de la guerra, organizado por el emporio monopolista de la FIFA, asociación que aglutina en sus filas a más países que la propia ONU) en otra parte del globo alguien morirá en una guerra o en un acto terrorista (que viene siendo lo mismo), un niño terminará sus sufrimientos debido a la inanición, una señora fenecerá por una enfermedad curable, miles y millones sufrirán de hambre, sed y dolencias numerosas, un anciano partirá al “más allá” en plena calle por carecer de todo, desaparecerán “algunas especies más”, secuestrarán a alguien, crecerán los desiertos, se contaminarán más las aguas, se reducirán los abastos de alimentos, de agua y de energéticos, aumentará la debilidad de la capa de ozono, algún glaciar se partirá y, otras cosas “feas” así, que no son más que “externalidades” para el sistema de dominación imperante e impuesto, como la inefable contaminación petrolera por la falla de la plataforma de BP en el Golfo de México (se nos puede acusar de “aguafiestas mundialistas”).

En la Segunda Guerra Mundial EEUU no luchó por la libertad del mundo como ellos mismos lo transmiten o quieren transmitir en muchas películas y demás órganos de divulgación que más bien son de propaganda. Entró en la guerra muy tarde, en diciembre de 1941 (Cornwell, 2003), sólo después de haber planeado muy bien sus “jugadas” en la guerra y fuera de ella, durante el tiempo del conflicto

y después del conflicto. Permitió que el poderío nazi-nipón junto a sus secuaces destruyera y arrasara cuanto pudo y asesinara y matara a cuantos pudo (después hizo lo mismo “aumentado y corregido”).

A la vez que los grandes estrategas estadounidenses diseñaban la manera en que “salvarían al mundo” sus otros estrategas (o los mismos) diseñaban el modo en que sacarían la mayor ventaja posible de la situación mundial. Para los EEUU la segunda guerra mundial fue un gran negocio y así lo manejaron. Al final pusieron la cereza en el pastel lanzando las dos funestamente famosas bombas atómicas, donde masacraron a las poblaciones indefensas japonesas (principalmente civiles) que todavía hoy (más de 50 años después) se encuentran sufriendo las consecuencias de tan nefastos actos donde murieron y fueron lisiados cientos de miles de personas y no se digan los daños ecosistémicos. El presidente Truman fue tan asesino genocida como Hitler ¿cuál sería la diferencia trascendente entre ellos?, claro que se supone que lo hizo a nombre de la humanidad y de la libertad... (para muchos es un héroe de la guerra, un “patriota” ejemplar).

Este es un ejemplo “perfecto” de lo que la guerra puede ser y hacer y, hacer creer. También lo es de la economía y su operación puesto que se ve con bastante transparencia que la economía de guerra puede funcionar muy bien y, ya en tiempos de paz o paz relativa como en realidad es, las mismas reglas de la economía de guerra pueden apuntalar la ejecución de los modelos socioeconómicos-geopolíticos (Kaldor, 2001), donde los “señores de la guerra” (Munkler, 2005), comúnmente las grandes empresas multinacionales deciden cuando “cerrar” y cuando “abrir” la guerra vigente... y la siguiente.

Se dice que la economía actual es una economía de guerra y puede validarse esta aseveración cuando se ve que las operaciones económicas se dan no para resolver los problemas de los pueblos y naciones, sino que se practican para enfrentar a los rivales que se suponen dentro y fuera de un territorio nacional. Los países, pese a los grandes costos de hacerlo, elaboran magnos proyectos de “defensa” (quizás en el pensar junto a Clausewitz que: la defensa es la forma más vigorosa del combate; 1942) e invierten sumas importantes en armamento y en el

mantenimiento de ejércitos, más que lo que invierten en rubros de educación, salud, vivienda, etcétera (recordar lo que “develó” dentro del propio territorio estadounidense el huracán Katrina).

“Todos” andamos preparándonos para la guerra contra quien sea, contra quien se pare por ahí malamente, contra quien se ponga enfrente, contra quien se mueva o respire sin el “permiso” necesario. México no es excepción y reculándose en el “machismo” acostumbrado que presenta nuestra cultura llegó a tomar parte en el segundo conflicto bélico mundial con su también histórica declaración de guerra a las “Potencias del Eje”.

En la preparación provocadora los países sostienen, crean y recrean “grupos especiales”, “secretos”, de “inteligencia” (¡vaya denominación ésta última!). Mantienen una escuadra amplia de todo tipo de cuerpos policiacos y otras agrupaciones menos conocidas que recuerdan a la Gestapo y a la SS nazis y sus “nobles” tareas, actos y logros de secuelas terribles para la humanidad y ejemplos históricos de lo que puede hacer el ser humano cuando se bestializa social y “científicamente” bajo postulados malvados y corruptos, cuando la muerte, el crimen, la violencia, la destrucción y la crueldad más amplias y horribles son aplicadas sistemáticamente por vías legalizadas y “naturalizadas”, por “órdenes” de los superiores, de la autoridad y de los gobernantes con la perspectiva indolente y viciada-vaciada de los terceros que permanecen ajenos y hasta dan su aprobación no precisamente por negligencia y/o ignorancia, sino por su conveniencia en otra guerra que es la “guerra de los intereses”. Pero también aseguran cuerpos paramilitares que jamás tendrán buenas intenciones (recordemos el “Halconazo” y Aguas Blancas” en nuestro México). Se gastan cantidades extraordinarias y ocultas en todo ello. Esto es economía de guerra aunque no se sepa ni contra quien se dará, ni cuando, pero la consigna es: “hay que estar preparado para lo que sea y pensar lo impensable, aún mi abuela puede ser el enemigo y, ...puedo estar durmiendo con el enemigo”.

Pero la economía de guerra es aún mayor. Se dan las alianzas internacionales para la “defensa” y se destinan más recursos a esto que los que se otorgan a la educación o servicios médicos y demás necesidades y derechos sociales

(reiteramos). La tan famosa “defensa” no es otra cosa que la economía de guerra que los países disponen para atacar primero, no para contraatacar, sino para asestar el primer golpe y esperar “milagrosamente” que el “otro” no pueda ya ni devolverlo.

EEUU fue el único vencedor de la segunda guerra mundial (a final de cuentas) y se puede considerar que desde entonces el mundo fue subyugado por el imperialismo estadounidense. De ahí salió reforzado, renovado y revitalizado. El mundo se partió en dos fracciones: la pseudocomunista-pseudosocialista liderada por la entonces URSS desde Moscú y, la definitivamente capitalista liderada por EEUU desde Washington. Después en la guerra fría el “juego de naipes” que jugaron las dos potencias terminó con la disolución de la URSS, la descalificación y casi extinción del socialismo-comunismo-marxismo (un “anhelo” del sistema imperialista-capitalista) y con el repunte impresionante del imperio capitalista de EEUU y sus comparsas geopolíticas. El poderío soviético terminó en 1991 con una estela de sangre inocente y una bancarrota moral, política, económica y social que mostraron el mal resultado de una utopía comunista mal perseguida (Vidal, 2006). Se declaró “alegremente” el fin de la historia.

La Segunda Guerra Mundial fue el trampolín ideal para que EEUU enfrentara a “su peor enemigo” (el socialismo-comunismo) y culminara (tiempo después) vencéndolo para quedar como única potencia mundial. La economía de guerra funcionó a la perfección e hizo que ese país sea lo que es ahora. Incluso sus costos fueron bajos tanto en lo meramente económico como en el número de muertos y en los destrozos: puede ser que ni un solo vidrio se rompió en EEUU durante la guerra cuando Europa casi fue devastada y no se hable de otros territorios o países.

Saberes, ciencia y tecnología en la guerra

Aquella terrible guerra que cobró la vida de más de 50 millones de personas (trastornando a otros tantos millones) y causó enormes efectos negativos en los ecosistemas, fue el impulso necesario para que la ciencia y la tecnología se

desplegaran como las agencias humanas más valiosas para el desarrollo. Desde entonces no hay poder que logre hacer la diferencia, ni tan sólo plantearla.

La sociedad y los saberes distintos de las ciencias se han fragmentado y desorientado. El sistema los ha debilitado y “percurido”. La guerra se da también en este ámbito y el conocimiento hoy es una mercancía más que se vende igual que una bebida gaseosa pero a mayor precio y costo. Los principios se tuercen, los valores se modifican y pervierten llegando incluso a ser contravalores. Los intereses campean al máximo y lo contingente es dominante. Se hace guerra contra los saberes y modos distintos de observación y valoración que no sean los de la ciencia-tecnología. El sistema está diseñado para esto y no acepta disidencias, los intelectuales críticos son una especie en vías de extinción (Baudrillard, 1991). La filosofía ha sido modificada y travestida. Los filósofos están a la deriva y cada día son menos y, menos importantes. Algunos trabajan “a gusto” para el sistema de dominio, pero no son, para nada, los únicos dedicados a las ciencias sociales y las humanidades que lo hacen: sociólogos, psicólogos, juristas, historiadores, lingüistas, economistas, escritores, etc., etc., también lo hacen.

El arte es un comercio elegante y se practica y adquiere por catálogo, celular o Internet. Una sola “obra” puede costar lo que miles de personas pudieran ganar en un año completo de su trabajo. La literatura se encuentra apacentando en las mieses del hipercapitalismo, lo que dice, del hiperconsumo a la espera de alguna nominación para el Nobel, premio tan desprestigiado ahora que se han atrevido a entregárselo a sujetos oscuros en el premio anual de la PAZ, en una mala suerte de parodia legitimada y legitimante. A la espera también de generar “*Best Sellers*”, término descriptivo de su concepción crematística que poco tiene que ver con lo literario y artístico. El “núcleo espiritual” renovado del capitalismo ha llegado tan lejos como para hacer una moda de la misma crítica artística que se supone debería demolerlo.

Sin obstáculos importantes el dueto ciencia-tecnología camina en el orbe sujetando subjetividades a cambio del ultravaluarte de las objetividades que el mismo brinda. El dueto es estupendo y logra transformar el mundo, el externo al ser humano pero también el interno, el que está dentro de todos nosotros, en muy

poco tiempo. Antes la sociedad era una y hoy es otra, ahora en la “era digital”, “era virtual”, “era del tiempo real”, “era de las telecomunicaciones”, “era de la informática”, “era de la electrónica”, el ser humano es otro y ya no es lo que era: era de esperarse esto pero también el hoy “era de la desesperación” es. Y hasta las eras (parcelas, suelos, llanos) ya no son lo que eran, para nada. Lo que era era, fue y nada más. Incluso la gente no es la que era. Wilde nos instruye: la mayoría de la gente es otra gente. Sus pensamientos son las opiniones de alguien más. Sus vidas mímica, sus pasiones una cita. Anotamos a Baudrillard (1991) cuando nos indica que también, la guerra ya no es lo que era... y lo complementamos con la aseveración de que ahora hay muchos tipos de guerra (Castells y Serra, 2003).

Se anuncia por todos lados la blancura inmaculada de la ciencia-tecnología. Se le supone libre de culpas. Neutra, sobria, digna, inocua. Se apunta a los usuarios como los “maleantes” que hacen mala aplicación de ella. Pero cuando se genera un conocimiento científico o tecnológico desde su primera concepción en la mente ya lleva una carga ideológica de la persona o grupo que la elaboró y/o para el que se elaboró. Pero aún más, ahora vivimos una época que se conoce como de la “ciencia industrial” o “ciencia industrializada” lo que se refiere a que la ciencia es ya una industria más entre tantas otras y los científicos son empleados de las “fábricas de ciencia” o “ciudades de la ciencia o del conocimiento”. La ciencia ya no está dada al conocimiento o develación de la verdad, está dada a la producción de las mayores rentas económicas y de la adquisición de más y más poder. La ciencia ya no es un intento de descubrir o interpretar la realidad sino que está dada a la creación de realidades casi al antojo de quien pueda pagárselo.

Además, la ciencia-tecnología tiene un fuerte componente bélico. Muchos científicos y tecnólogos se encuentran en las fábricas del conocimiento dedicados a la generación de las armas más sofisticadas (y horrorosas) de la historia, capaces de exterminar lo que sea de mil maneras distintas y desde el sitio contrario del planeta, con una precisión y exactitud dignas de mucho mejores aplicaciones. Súper aviones, súper tanques, súper portaviones, súper barcos, súper submarinos, súper bombas, súper misiles (con bombas y misiles que

denominan “inteligentes”), súper rifles, súper ametralladoras y muchos otros súper. Pero por si fuera poco, la industria de la guerra desarrolla las armas biológicas (las cuales son por definición armas del terror; Barnaby, 2002), químicas, psicológicas más increíbles y numerosos psicólogos, psiquiatras, sociólogos y demás participan en estas industrias de y para la muerte y la tortura, del exterminio al fin.

La guerra se piensa como una forma de sobrevivencia y también de creatividad. Igualmente hay los que piensan que la guerra tiene sus “beneficios” y que “ayuda” considerablemente al desarrollo mundial. Hay quienes observan con placer la “belleza” de matar y sienten que están vivos solamente si pueden hacerlo. Para ello se venden armas en todo el mundo legal o ilegalmente. También se pueden matar animales o plantas superiores para los más tímidos que no se atreven a matar humanos. La guerra también obsequia placeres numerosos y ricos, prohibidos, que por serlo son más atractivos y sustanciosos. Ahí está el “arte” *snuff*, preciosa pieza del ingenio humano más espeluznante y *gore*.

La guerra es un monstruo grande que pisa muy fuerte y lo pisa todo y a todos; aplasta, arrasa, devasta. No concede tiempo ni lugar para pensar. En la guerra nada es igual y todo se vale. La misma tecnología se hace un arma de doble filo: no nos defiende lo suficiente de las trampas de la desinformación o mala información ni de la propaganda, al contrario, multiplica su frecuencia y la hace más insidiosa (Pizarro, 2005).

Sin embargo, la guerra tiene sus reglas o leyes como la “ley de los números” (Clausewitz, 1942). Algunos más “listos” que los restantes, sabían que las guerras seguirán por largo tiempo y entonces se dieron a la tarea de ponerle reglas. Es un costoso juego de muerte reglamentado y regulado por jueces mundiales. Pero en la mera guerra, en la guerra real, nadie respeta tales reglas. Se violan vez tras vez y ya luego en el caso de que haya que rendir cuentas (si se llega) ya se verá cómo se sale del caso: o se asumen “todas las responsabilidades”, o se presumen demencias, ignorancias, malas memorias, o escalafones-obediencias a modo. También se puede jugar este juego alegando senilidades, enfermedades o mediante el “Juicio de la Historia” se le busca la salida, sin faltar los casos en que los jueces-decisores otorgan “perdones”, “amparos”, “indultos”, “absoluciones”,

“amnistías” a diestra y siniestra que así son más que de siniestra, siniestros y en más de un sentido de la palabra propia.

No se sabe cuántos bandos hay ni como están formados ni como se forman. El “todos contra todos” es el lema de todos los días y a mayor anarquía, a mayor caos, la guerra es más prolongada y violenta-destructiva así como “gananciosa” para sus precursores. La prolongación misma de la guerra asegura otra de las características de las nuevas guerras, la participación de personas muy jóvenes en ella, los “niños soldados” o “niños guerreros” (Munkler, 2005).

Por otra parte, la ciencia-tecnología hace más y mejores aportes para incrementar el caos glocal, entra también a escena la biotecnología.

Los usos no pertinentes e inconscientes (¿inhumanos?) de la biotecnología dan agudeza a la beligerancia contra la misma naturaleza o el ser humano “otro”. El humano ahora tiene nuevas “armas”, no para defenderse, en esa falsa retórica sobre la defensa, sino para atacar y contraatacar a la naturaleza para cobrarle las “penas que le ha causado a la humanidad”. Humillar a la naturaleza es una de las metas-objetivos de la guerra (estúpida) contra lo natural, otra guerra histórica parcelada en las bases de la modernidad. No sólo vencerla sino humillarla, denigrarla, subsumirla, rendirla, someterla. Las nuevas armas biotecnológicas significan una distancia mayor entre el humano y el medio más natural, significan ganas de no querer la paz. Significan deseos de violencia, destrucción, perfidia y perversidad.

La mala biotecnología alimenta los deseos de venganza sobre la naturaleza y energiza los apetitos de pelea. Incrementa las posibilidades de pleito y desconfianza. Acelera los medios para las confrontaciones y engrasa los mecanismos para las batallas campales. Se asevera que la biotecnología, así como la tecnología de la información están abriendo nuevos campos para inversiones criminales (Duffield, 2004). El virus de la gripe prolifera rápidamente en huevos de gallina fecundados. Teóricamente un solo huevo de gallina produciría suficientes virus para infectar un par de veces a toda la población mundial (Barnaby, 2002), un arma “científica” atroz y aterradora.

En otra dimensión referencial, la mala biotecnología captura al agro y le “secuestra” en gran medida. Hace objetivo al campo de sus manipulaciones agresivas e impone sus intereses puramente crematísticos por encima de poblados y pobladores del medio rural. Los ecosistemas rurales no son concebidos más que como productores de materias primas y consumidores reales o potenciales (que hoy son recopilados en el neologismo de “prosumidores”) y, como basureros-sumideros del sistema. Conceptualizada la urbe como el patrón que mandata al campo, que sería el trabajador (y a veces el esclavo), queda más que definida la imposibilidad de la paz y queda fácticamente declarada la guerra entre ambos bandos: urbe vs. campo, otra guerra vigente e irresoluble hasta hoy, de muy serias consecuencias. Consecuencias que se sinergizan con las demás provenientes del estado-sistema de crisis en que nos encontramos desde hace tiempo y donde, por fuerza natural, una manera de contrarrestar tales consecuencias, unas y otras, se otea, consiste en recurrir nuevamente al conjunto de valores mínimos compartidos por la humanidad para rehumanizarnos en este mundo, por hoy desnaturalizado y deshumanizado, haciendo eco a las ideas y propuestas de Cortina (1994) en su cosmos ético enunciado.

Corolario

Cuando se vive y se trabaja como es debido, en términos socio-humanos, ecológicos y naturales, lo que se obtiene de ello es un principio de PAZ, una base sólida para la paz de todos y del ambiente completo (parte biótica y abiótica, complementarias), lo cual quiere decir, sentar una plataforma franca, llana, amplia, solidaria y fuerte, para que el proceso evolutivo histórico y natural enfrente y pueda vencer sostenible y sustentablemente a la guerra. Considerando que la guerra es más que el rompimiento o ausencia de la paz y, más que su acepción de ser la extensión de la política por otros medios, dada por Clausewitz (1942), que es reinterpretada por Baudrillard (1991) como la carencia de la política prolongada por otros medios.

Un cambio civilizatorio es deseable y altamente recomendable para resolver los entuertos y contener-detener los deseos básicos instintivos, las pulsiones bélico-

agresivas en el orbe. Un cambio civilizatorio en el seno de la ética-moral pactado sobre líneas solidarias y de la medida, de la medida de lo humano redimensionado en el universo de la madurez mental-anímica para darse a una existencia más sustentable y pertinente que lleve al acomodo de nuestras vidas dentro de un espacio de la moderación no del “confite inagotable y avaricioso”. Un ajuste oportuno de adecuación y sopesado de la civilización para no hacerla más maquinizada sino más humana y, humana crítica donde el orden sea mandado por la propia civilidad renacida y fortificada, reconstituida, donde el diálogo es uno permanente y abierto con un intercambio benéfico, justo, consciente, consistente y responsable entre las culturas todas.

Sincronización. Necesitamos una sincronía entre los seres humanos y el resto de lo natural para sinergizar positiva y satisfactoriamente el intercambio entre ellos y semejar, emular más el “discurso y lenguajes” naturales (evitando caer en nuevos enredos pseudocientíficos como la extremista “ecología profunda”) en los procesos humanos, procreando enlaces ecológicos que trasladen las dimensiones de la historia humana a coordenadas escaladas en lo natural, lo que dice, mimetizar los metabolismos socioculturales con los propios de la naturaleza. Hablar de amor a la vida y sus bases y no de amor a la destrucción mercantilista-industrializada, ni amor al dinero ni al poder negativo-venagativo.

Amor natural y amor humano: paz y no más guerras. Paz perdurable para el beneficio del ecosistema total planetario. Que el único imperio humano sea el de los “mil años de amor y paz” y no el del terror de los “mil años” prometidos por el firmamento de estrellas hitlerianas.

El mundo es policéntrico. México es un mosaico multiétnico y policultural, policéntrico (también) en lo sociocultural y también en lo ecosistémico incluso desde el solo ítem de lo ecológico. La guerra ha estado y sigue estando en México. Es constante, no se detiene y por momentos se exagera. Sus costos son humanos y extrahumanos, son sobre la naturaleza interna del ser humano y la externa a él, son ecosistémicos, insistimos, y de una forma u otra nos afectan a todos. Además son costos inaceptables, innecesarios y van más allá de trastornar el presente, amenazan también al futuro. La guerra, de baja o alta intensidad, es

una seria limitante para el progreso, un freno para la existencia y una injusticia que debe ser remediada persistente tanto consciente como responsablemente.

Para ser libres tenemos que acabar el enfrentamiento entre hermanos que somos los mexicanos y los seres humanos todos.

Para ser, para “simplemente” ser, y con mayor razón para ser personas humanas tenemos que hacer todo lo posible por concluir sustentable, sostenible y compatiblemente la guerra fratricida del “todos contra todos” dada por nuestras irresponsabilidades y peores características. Las contrarias, o sea, las responsabilidades solidarias y las mejores características del ser humano son las que deben prevalecer venciendo al “monstruo grande que pisa fuerte”, que es la máxima locura destructiva que la propia humanidad ha inventado para auto exterminarse: la guerra. De la guerra no salen vencidos y vencedores. Todos salimos vencidos. Nadie gana. La humanidad pierde y el mundo pierde.

La guerra es y ha sido de este modo y ha durado demasiado. De hecho la guerra ha mostrado y demostrado su “sustentabilidad”, pero hasta que se demuestre lo contrario, es evitable y corregible: superable. Si bien la perfección no existe, los hechos humanos son perfectibles, léase, mejorables. La felicidad de cada persona es valiosa y puede consistir o darse a través de la lucha real que debe librarse, la de la búsqueda de la PAZ, pero una paz positiva, incluyente y diversificada (Lederach, 2000), la de la consolidación de un sistema humano de existencia en concordancia y respeto ecosistémico. Si el ser humano tiene como hito el de la trascendencia, esta está determinada también por las condiciones de paz que reinen en el mundo para lo cual es muy recomendable, desaprender la guerra para intentar su cierta y acertada prevención, al modo que acusa Bastid (1994).

La utopía de la paz no puede morir (Pizarro, 2005). El ser humano es un buscador incansable de significados, encontrarle significado a su propia vida y a la procuración de un futuro positivo para el mundo es una medida de sí mismo, una que le otorga al mismo tiempo el sentido a la VIDA, precioso tesoro único que se alberga y recrea en nuestro planeta. Hacer un poco (o un mucho) caso de lo sostenido por Saramago en “La Caverna”: no se trata de cambiar de vida sino de

cambiar la vida. A lo que agregamos consciente y responsablemente la apostilla de Duffield (2004): ...lo queramos o no, todos somos parte de la nueva guerra total que se ha desatado.

Holderling nos dice: allí donde se cría la amenaza, se cría también lo que nos salva; podemos hacer un intento de practicar esta aseveración.

Recordando a Erasmo (nuevamente), la paz más desfavorable siempre es mejor que la guerra más justa; así aseveramos: LA ÚNICA GUERRA QUE ESTAMOS DISPUESTOS A REALIZAR, A PARTICIPAR EN ELLA, ES LA GUERRA CONTRA LA GUERRA. Reconociendo que con la paz nada se pierde y en cambio se pierde todo con la guerra. Pero también, recordando todo el sufrimiento humano y ambiental que el mundo ha atravesado para no seguir dando lugar a otros Auschwitz, Gulag o Guantánamos, a otras “guerras preventivas” ni a concepciones auto complacientes y auto referidas semejantes a las de Hitler, quien ya inmerso en la misma derrota del conflicto bélico más severo jamás visto, dijo: de hecho, considerándolo ahora, LAMENTA UNO HABER SIDO TAN BUENO (Burleigh, 2000).

Bibliografía

Barnaby, W. 2002. *Fabricantes de epidemias. El mundo secreto de la guerra biológica*. Siglo XXI. Madrid.

Bastid, A. 1994. *Desaprender la guerra: una visión crítica de la educación para la paz*. Icaria. Barcelona.

Baudrillard, J. 1991. *La guerra del Golfo no ha tenido lugar*. Anagrama. Barcelona.

Beck, U. 1998. *¿Qué es la globalización?* Paidós. Barcelona.

Burleigh, M. 2000. *El Tercer Reich. Una nueva historia*. Punto de lectura. México.

Castells, M. y N. Serra. (Editores). 2003. *Guerra y paz en el siglo XXI. Una perspectiva europea*. Tusquets. Barcelona.

Clausewitz (Von), C. 1942. De la guerra. *República de Colombia. Estado Mayor de las Fuerzas Militares*. Biblioteca del Oficial. Vol. No. 14. Bogotá.

Cornwell, J. 2003. *El Papa de Hitler. La verdadera historia de Pío XII*. Planeta. España.

- Cortina, A. 1994. *La ética de la sociedad civil*. Grupo Anaya. Madrid.
- Duffield, M. 2004. *Las nuevas guerras en el mundo global*. Los libros de la Catarata. Madrid.
- Kaldor, M. 2001. *Las nuevas guerras: la violencia organizada en la era global*. Tusquets. Barcelona.
- Klare, M. 2004. *La guerra de los recursos*. Paidós. Madrid.
- Lederach, J. P. 2000. *El abecé de la paz y los conflictos*. Los libros de la Catarata. Madrid.
- Mayor, F. 1999. *Los nudos gordianos*. Galaxia Gutemberg/Círculo de Lectores. Barcelona.
- Munkler, H. 2005. *Viejas y nuevas guerras. Asimetría y privatización de la violencia*. Siglo XXI. Madrid.
- Navarro, V. 2000. *Globalización económica, poder político y Estado de bienestar*. Ariel. Madrid.
- Pizarro, A. 2005. *Nuevas guerras, vieja propaganda (de Vietnam a Irak)*. Cátedra-Anaya. España.
- Torres, G. 2006. *Poscivilización: Guerra y Ruralidad*. UACH/Plaza y Valdés. México.
- Tzu, S. 1999. *El arte de la guerra*. Coyoacán. México.
- Vidal, C. 2006. *La estrategia de la conspiración. Conjeturas antidemocráticas en el siglo XX*. Byblos. España.
- Werner, K. y H. Weiss. 2006. *El libro negro de las marcas. El lado oscuro de las empresas globales*. Debolsillo. México.

***José David Lara González** es de nacionalidad mexicana. Ingeniero Civil de profesión. Ha cursado las Maestrías en Ciencias con especialidad en Hidrología Subterránea y también en Ciencias Ambientales en el Área de Medio Ambiente y Recursos Naturales. Actualmente se encuentra terminando su tesis doctoral en el Posgrado en Ciencias Ambientales del Instituto de Ciencias de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla en el Área de Medio Ambiente y Desarrollo Sustentable. e-mail: filobobos2002@yahoo.com.mx